

# **Las lecciones de Pitágoras**

**Narrado por Pitágoras y Cartago  
Anotado por Anna Zubkova**

**Bajo la edición de Vladimir Antonov  
y con sus comentarios**

Traducido del Inglés por  
Alejandro de Oliveira

**Pitágoras es uno de los Mesías que trabajó para proveer ayuda espiritual a las personas encarnadas en los países mediterráneos (ver detalles en [6,20]). Su servicio principal para la humanidad no fue Su investigación matemática, conocida por todos los estudiantes de secundaria hoy en día, sino en el hecho de que Él había creado la Escuela espiritual perfecta; y los principios educativos establecidos por Él como base para la enseñanza en esta Escuela deberían servir como un estándar para todas las futuras generaciones en la Tierra.**

**En este libro, Pitágoras y Su Discípulo Divino, Cartago, hablan acerca de los eventos que conducen a la preparación y el establecimiento de Su Escuela.**

**Actualmente Pitágoras y Cartago continúan Su Servicio Divino como Espíritus Santos — los Representantes del Creador.**

**Los materiales publicados aquí serán de valor para ambos: para aquellos que solo quieren comenzar a desarrollarse y para aquellos que ya han recorrido una parte significativa del Camino espiritual.**

**El libro puede volverse un excelente libro de texto para buscadores de la Perfección espiritual. En particular se hace hincapié en el componente ético del trabajo y en dominar el arte de la meditación desde el nivel principiante hasta las técnicas avanzadas.**

## Índice

<b>Capítulo uno: Los cautivos .....</b>	<b>4</b>
<b>Capítulo dos: Escape.....</b>	<b>8</b>

**«¡Todos los que recibieron la iniciación deben brillar  
con el Fuego recibido y  
encender una nueva Luz — la Luz del Conocimiento  
y Amor por el Creador de todo!»**

**Pitágoras [6].**

## **Capítulo uno: Los cautivos**

Esta helada noche en el desierto de Libia parecía interminable tanto para los prisioneros como para sus guardias.

El jefe de los guardias persas ya había comenzado a preocuparse de que se habían extraviado.

Finalmente, las luces de la hoguera del gran campamento se volvieron visibles adelante y todos dieron un suspiro de alivio.

Todos los cautivos, a excepción de uno, fueron llevados con el resto de los esclavos capturados por el ejército persa.

—¿Y que hay de este fenicio? ¡Parece ser un sacerdote, y parece que es importante! ¿A dónde deberíamos llevarlo?

... El persa con un rostro sombrío y una cicatriz mal curada en su rostro frunció el ceño y silenciosamente señaló con su mano hacia la distante hoguera.

Este nuevo cautivo era muy alto y fornido, como si fuera un atleta en lugar de un sacerdote. Él tenía un largo grueso y rizado cabello negro. Su simple túnica de lino antes blanca se había rasgado en varios lugares y tenía las obvias marcas de lucha.

El sacerdote fenicio fue llevado al lugar indicado. Uno de los guardias, pasándoselo a los nuevos guardias dijo:

—¡Aquí vamos, tomen a este fenicio! Se dice que él es un mago y un sacerdote. ¡Sean cuidadosos con él! Seis de nosotros apenas pudimos con él.

Con estas palabras el cortó las apretadas cuerdas que estaban atadas alrededor de las manos del sacerdote.

El fenicio miró al guardia con una mirada altanera y despreciativa, y comenzó a frotar sus manos que habían quedado entumecidas bajo las cuerdas

Ocho personas estaban sentadas alrededor de una hoguera. Ellos eran sacerdotes, predicadores, astrólogos y sanadores capturados en diferentes ciudades y templos de Egipto. De acuerdo a las órdenes de Cambises — el Rey de Persia — estas personas debían mantenerse separadas y entregarse de forma segura a la capital de los persas. Después de todo, Egipto no solo era rico en oro, sino que era reconocido por los secretos guardados por los sacerdotes en los templos y pirámides y que daban poder a este país por miles de años.

Solo ahora el Imperio Egipcio cayó ante el poder militar del ejército persa. Así que, aquellos que poseían este conocimiento representaban un trofeo especialmente valioso que debía ser guardado y usado en el futuro.

El recién llegado prisionero echó una mirada atenta a sus futuros compañeros de prisión desde su gran altura. Su mirada solo permaneció por unos momentos en una persona cuyas ropas estaban muy limpias y estaban blancas, acordes a la tradición griega. Entonces, de nuevo, él se sumergió en sus pensamientos.

El mismo hombre que atrajo la atención fugaz del fenicio se apartó, permitiendo al fenicio tomar asiento cerca de la hoguera. Sacó una pieza de pan de los pliegues de su ropa, lo envolvió cuidadosamente en un paño limpio y se lo entregó al fenicio, entonces echó agua en un cuenco.

El nuevo cautivo volvió a ver con sorpresa a esa persona que compartió comida voluntariamente con él. Es difícil asumir que los cautivos estaban bien alimentados. Él asintió como gesto de aprecio y comenzó a comer.

Después de la comida el fenicio preguntó:

—Tú no luces como un egipcio, ¿eres griego?

—Si. Mi nombre es Pitágoras.

—Y yo soy Hamilcar de Cartago<sup>1</sup>, —el fenicio se presentó. — ¿Qué te trajo a Egipto?

—Yo estudié en Memphis.

—¿Los sacerdotes todavía te permiten recibir iniciaciones aun siendo extranjero? ¡Pero hete aquí!

La conversación había terminado.

El fenicio era lacónico y no se unió a las conversaciones generales. De vez en cuando él lanzaba miradas atentas al griego y escuchaba cuando Pitágoras hablaba. El griego evidentemente había despertado su interés, a diferencia de los otros cautivos, a quienes trataba con cierto desprecio e incluso arrogancia.

No podía decirse lo mismo del griego. Algunas veces él estaba hablando con los otros cautivos, preguntándoles acerca de hierbas medicinales y técnicas de sanación, y él escuchaba con interés en sus discusiones acerca de los planetas y la estructura del universo.

Usualmente, las conversaciones eran sostenidas en el idioma egipcio, el cual todos los cautivos entendían, pero Pitágoras también era fluido en otros idiomas y, cuando era necesario, Él podía fácilmente conversar con sus compañeros en su lengua materna. Él también podía expresarse libremente en persa, lo que exigía respeto incluso por parte de los guardias.

Pitágoras no hablaba mucho y nunca discutía con los demás. Cuando expresaba un punto de vista diferente

---

<sup>1</sup> Hamilcar fue apodado Cartago más tarde en Su vida terrenal. El prefiere ser llamado por este apodo cuando trabaja con Sus actuales discípulos encarnados [6].

él era lacónico y explicaba algo en detalle solo cuando alguien había mostrado un gran interés en el tema.

Él era diferente, no externamente, sino internamente. Él llevaba dentro de sí un estado especial de calma, armonía y buena voluntad. A primera vista sus movimientos parecían ser solo suaves, pero al ver de cerca uno podía darse cuenta de que estos estaban llenos con un poder especial. También sus palabras tenían peso: Ellas penetraban en las profundidades del ser del oyente, como si midieran la profundidad y la pureza del alma.

Hamilcar se había comunicado con los sacerdotes de diferentes templos. Él sabía distinguir la «grandeza» imaginaria de la verdadera fuerza y poder del alma. Pero había algo dentro del griego, — algo que él nunca había visto. Eso permanecía en el misterio para Hamilcar. Bueno, habrá tiempo suficiente para resolverlo...

... Un día, el convoy con los esclavos y otros trofeos persas se detuvo a descansar antes de la siguiente travesía. La razón de esto fue el hecho de que los persas celebraban la noticia acerca de la completa victoria del rey Cambises y su subida al trono de los Faraones de Egipto. De ese momento en adelante, habrían muchas más caravanas con trofeos capturados, ¡pues ahora Egipto estaba completamente subyugado!

El vino estaba por todas partes. Solo aquellos guardias que permanecían en su deber estaban sobrios, y ellos estaban ferozmente celosos de los demás. La carne estaba siendo cocida en los calderos, y aves salvajes estaban siendo asadas en el fuego.

Uno de los principales guardias persas se volvió más amable por estar borracho y ordenó que los prisioneros especiales fueran mejor alimentados: —¡Tal vez no sean capaces de llegar a nuestro destino! ¡Entonces yo seré responsable por ellos!

Cuando se ofreció esta comida a los sacerdotes capturados, Pitágoras fue la única persona que la rechazó. Entre toda la lujosa comida para los estándares de los

prisioneros, él solo tomo un puñado de dátiles y frutos secos, luego fue a un lado y se sentó por separado, mientras los demás festejaban. Él tampoco bebió nada de vino.

Luego, Hamilcar se acercó a Pitágoras y le preguntó:

—¿Rechazas la comida que te da fuerza? ¿Esas son tus creencias? ¿Eres órfico?

—No acepto ni en mis pensamientos ni en mi cuerpo la fuerza oscura del asesinato que llega a una persona como resultado de comer los cuerpos de animales muertos.

»Los órficos no son los únicos que consideran una dieta vegetariana como un prerrequisito ético para el desarrollo del alma. Ahora, hay algunos sabios y sus discípulos en los países del Lejano Oriente, tales como India y China que también siguen esto. Si, en Grecia los órficos aun lo recuerdan. En Egipto también era bien sabido, hace algún tiempo. Quizá el ocaso de Egipto comenzó porque los altos sacerdotes y faraones, dotados con poder ilimitado, habían perdido la pureza de sus vidas.

»Beber la sangre de los enemigos caídos o incluso comer su carne con el fin de obtener su poder son las costumbres de los barbaros. Probablemente has oído acerca de tales costumbres. ¿Lo encuentras salvaje Hamilcar, o no?

—Griego, tu manera de pensar es interesante, —el fenicio dijo como respuesta, pero entonces el no continuo con la conversación. Pitágoras tampoco continuó con este tema.—

## *Capítulo dos:* Escape

Por la noche, la guardia del campamento fue reemplazada. Muchos de los guardias que acababan de entrar



en su deber aún estaban bajo la influencia de la celebración.

La mayoría de los persas aún continuaban festejando, y muchos de ellos se habían quedado dormidos, sumergidos en la completa pérdida de la conciencia del cuerpo como resultado de un exceso de vino y comida.

Luego de que los demás cautivos se quedaran dormidos, el fenicio volvió a sentarse al lado de Pitágoras y habló en voz baja:

—¡Escucha, griego! Esta noche podríamos escapar del cautiverio. Esta es una muy buena oportunidad, la cual podría no volver a suceder la próxima vez.

»¿No quieres ser libre? ¿Estás listo para pasar toda tu vida entre estas personas dóciles como ganado, esclavizadas por los persas?

»¡Tú eres fuerte y fornido como Apolo, yo soy como Hércules! Puedes ver mi fuerza. Juntos nos será más fácil escapar y sobrevivir en el desierto. Tengo una daga. Si damos muerte a esos dos guardias de ahí, entonces seremos libres.

—Puedo ver tu fuerza. ¡Sin embargo puedo ver tu debilidad también, Hamilcar!

—No sé a qué te refieres. Puedes decirme luego. Y ahora — es un muy buen momento. Conozco esta zona. ¡Y no nos vamos a perder! Entonces podríamos ir a tu país. No quiero ser un esclavo del rey de los persas. Por muchos años estudié la sabiduría — ¡y no debería gastar mi vida en servidumbre inútil! ¡Yo se magia! ¡Y tu también has sido capturado en el templo! ¡Tú recibiste las iniciaciones y el conocimiento no con el fin de convertirte en un esclavo!

—¡Yo soy libre! ¡Yo siempre soy libre! ¡Nadie puede hacerme esclavo! Y tú no deberías huir de tu destino: ¡de cualquier forma te alcanzará!

»Él ocurrirá definitivamente — ¡si no es en esta vida entonces será en tu vida por venir! ¡Así que es mejor encarar a tu destino y aceptar ese regalo que el destino pre-

paró para ti! ¡Si estás preparado para *aceptar* — entonces tantas cosas se abrirán en frente de ti! Tú y yo no deberíamos huir hoy. ¡Hay otra forma de ganar la libertad!

»¡Tú no serás un esclavo y yo no seré un esclavo sin importar lo que ellos le hagan a nuestros cuerpos! Pero hay una diferencia entre nosotros en este momento: tu estar listo para tomar la vida de alguien por el propósito de tu propia libertad, y yo — no. ¡Yo no deseo ganar la libertad por el precio de la vida de alguien más! ¡Mientras tanto, permaneceré aquí — y te ofrezco lo mismo! ¡Piensa en ello!

—No me entendiste: ¡tal oportunidad, como la que tenemos hoy, puede que no llegue otra vez en un largo tiempo! Si no quieres unirme a mí — bien, entonces yo escaparé solo. Si cambias de parecer, hazme saber. Aun tienes dos horas más para pensar. Después de todo no tendrás que dar muerte a los guardias, puedes simplemente lanzarles un hechizo — ¡si sabes cómo hacerlo y si darles muerte te molesta! Piénsalo: ¡será más fácil para dos de nosotros desarmarlos y escapar la persecución!

—¡No serás capaz de escapar de tu destino, Hamilcar de Cartago!...

—¡Ya veremos! ¡Adiós, griego!

—¡Nos vemos luego, fenicio!

... Esa noche Hamilcar escapó. Él no dio muerte a los guardias. Los aturdió con su pesado puño y entonces agarró sus armas.

Pero no tuvo suerte y fue descubierto por los otros guardias cuando casi había desaparecido.

Ellos hicieron un sonido y la persecución comenzó. El fenicio luchó por sí solo contra muchos persas armados. El fue seriamente herido. Su cuerpo fue arrastrado al fuego para mostrar a los otros como castigarían a todo el que osara huir. Ellos iban a dar muerte a Hamilcar en frente de los demás.

Pero Pitágoras interfirió:

—¡Manténganlo con vida! ¡Ellos no perdonaran la muerte de tan Preciado sacerdote!

... Él lo dijo no como uno de los cautivos, sino como si él estuviese a cargo allí. Pero inesperadamente, le obedecieron.

Sin embargo, uno de los guardias trató de discutir:

—Pero él está tan mal herido que lo más probable es que muera. ¿O vas a cargarlo en tu espalda, griego? ¡En ese caso el no sobrevivirá después de un día del viaje! ¿U ordenas que se le dé una camilla?

—¡Él no morirá! ¡En la mañana él mejorará y será capaz de caminar por sí solo!

... Los guardias miraron al griego con desconcierto y precaución, y colocaron al hombre herido donde el señaló. Ellos obedecieron sus instrucciones sin cuestionar, sin siquiera entender por qué.

—Tenías razón, griego: mi escape no fue exitoso...

—El fenicio soportó el dolor y estaba esperando morir con la serenidad inherente a aquellos que poseen gran fuerza del alma.—

—No morirás hoy. ¡Yo te ayudaré!

Pitágoras se inclinó sobre el herido Hamilcar. Esta era la primera vez que el realizaba esta clase de sanación en la práctica. Pero él estaba seguro de lo que los Dioses<sup>2</sup> le dijeron: que el fenicio sería capaz de aprender todo lo que Pitágoras ahora sabía. Y el fenicio se convertiría en su compañero y amigo. ¡Así, el no debería y no podía morir ahora!

... El alto sacerdote que le había enseñado a Pitágoras le contó las leyendas acerca de cómo en tiempos antiguos, las personas enfermas habían sido curadas a través de la utilización de una varita mágica que conducía un Poder Sagrado hacia el cuerpo del paciente. Pitágoras no tenía ninguna herramienta mágica. Pero Pitágoras sabía de esos Divinos Maestros no encarnados Quienes esta-

---

<sup>2</sup> Aquí Pitágoras se refiere a los Espíritus Santos.

ban completando sus estudios que el cuerpo humano por si solo puede ser un conductor del Gran Poder Divino. Y estas herramientas mágicas solo eran una manifestación de la degradación de su habilidad para usar el Poder Divino —como una conciencia— a través de sus propios cuerpos.

Esa Luz más brillante, la cual podía ahora ser vista por Pitágoras, quien se estaba sumergiendo en la Gran Unión con el Poder Creativo, estaba lista para ser derramada a través de su cuerpo. Excluyendo toda mezcla de sus propios pensamientos, Pitágoras dejó que el Poder Divino fluyera a través de si mismo, abriendo un paso para este Poder hacia el cuerpo de Hamilcar. Entonces Pitágoras restauró la integridad de esos canales energéticos y de los órganos del cuerpo de Hamilcar que habían sido dañados.

Los guardias observaron desde muy lejos las acciones incomprensibles del griego.

... A la mañana siguiente, Hamilcar no solo estaba vivo, sino que también era capaz de caminar por sí mismo, y muchos susurraban y hablaban acerca de eso. Aquellos que se habían enterado de este acontecimiento trataban de no acercarse al griego: ¡solo por si acaso!... ¡De hecho parecía que él era un gran mago!